

Contestación al discurso de ingreso de don Pablo Moyano Llamas en la Real Academia de Córdoba.

Por Juan BERNIER LUQUE

Habéis escuchado el cúmulo de datos que sobre la arqueología provincial expresa nuestro nuevo académico numerario, don Pablo Moyano Llamas, en el cual sobre el aspecto científico prima sobre todo esa dedicación, ya clásica en muchos sacerdotes y clérigos cordobeses, por los temas del pasado, en su apasionante expresión de la arqueología de campo y de los hallazgos de restos que pueden hacernos revivir, aunque no sea más que una sombra, de los acontecimientos culturales que se han sucedido en nuestra provincia a través de la historia.

Conocí a don Pablo Moyano en una época mía de plena dedicación a esa tarea, cuando sostenía, y sostengo ahora, que la arqueología no se estudia en libros sino que el solo libro para conocerla es la faz de la tierra, la búsqueda, el análisis, la investigación, que nos permite sacar nuevos datos sobre lo que hay en nuestra provincia y no limitarnos a copiar, repetir o traducir, malamente, las fuentes bibliográficas desde un sillón de un despacho, por mucha autoridad arqueológica que se pretenda ser. Esta revolución de conocimiento, emprendida por nosotros con el descubrimiento de cientos de yacimientos, algunos imponentes, tuvo la suerte de encontrar en Montemayor la figura de un sacerdote ejemplar, que no tuvo ninguna duda en seguir una labor por los mismos métodos de investigación moderna de la arqueología de campo, hasta llegar, no sólo a expresar sus conocimientos, como hemos visto en el discurso de hoy, sino más bien en nuestra creencia de que su verdadero discurso es el Museo de Ulía, expresión patente que dará lugar a muchos más discursos y monografías, porque nuestro nuevo académico ha recogido y donado, de forma generosa, todos los restos de esculturas, cerámicas, monedas y objetos diversos, incluso desde los tiempos neolíticos hasta la plenitud de civilizaciones. Esa simpatía que yo tenía por la figura de López de Cárdenas, que hace siglos era el único arqueólogo que iba a los monumentos, los estudiaba y los transcribía para la posteridad, por ese cura andariego

entre los surcos, montes y ríos, fue el ejemplo no sólo para mí, sino para don Pablo Mayano y para arqueólogos y grupos cuyas publicaciones de arqueología de campo revelan un mundo más extenso y no acabado, de descubrimientos arqueológicos en nuestro escenario provincial, guarda una inmensa lección de historia y de cultura, que hoy están ya aprovechando las universidades españolas y sobre todo la de Córdoba.

Hasta el siglo XX no llegó a establecerse cualquier método elemental para el estudio de la arqueología y de la historia, no sólo en la provincia cordobesa, sino incluso en los ambientes científicos españoles. Los trabajos de estudio o localización de monumentos y restos del pasado, vivían aún de las opiniones del siglo XVIII y de la elementalidad de la erudición local, de tal forma que las citas y localizaciones del hábitat arqueológico aparecían como la punta de múltiples «icebergs», por el que no se podía adivinar la extensión real, la abundancia y las acumulaciones de restos, que en primer lugar, no habían aparecido todavía a ras de tierra, o bien habían sido ignorados por una falta elemental de reconocimiento del terreno; ignorancia corriente hasta la labor comenzada a mediados del siglo XX. Las referencias bibliográficas sobre la extensión territorial de la provincia de Córdoba aparecen dispersas en diversas monografías manuscritas o impresas sobre ciudades y pueblos, y sólo se puede sacar una cierta idea del conjunto arqueológico provincial cuando Casas-Deza, en el siglo XIX, o Ramírez de Arellano y Carbonell, en el XX, realizaron un acopio de noticias y datos abarcando todo el ámbito provincial. Ciertamente es que hoy día se puede dudar de la exactitud de sus noticias y sus calificaciones respectivas, sobre sus fechas y encasillamientos culturales. Los dos primeros hicieron sólo meras citas o descripciones, que eran producto de noticias dadas por colaboradores eruditos locales; sólo Antonio Carbonell en sus trabajos, todavía inéditos, remitidos a la Real Academia de Córdoba, muestra el enorme interés de este hombre excepcional por los restos antiguos en la provincia de Córdoba, ya que esos trabajos han servido de base para muchos descubrimientos y muchas obras impresas, sobre lo que, verdaderamente hay de restos antiguos, en el territorio cordobés. Antonio Carbonell es un águila para señalar yacimientos, aunque su calificación sea errónea, por su desconocimiento elemental de las cerámicas y las facies culturales de la prehistoria e historia antigua españolas. Sin embargo, él marcó el punto por donde deben hacerse las investigaciones para descubrir las huellas del pasado, es decir, el minucioso recorrido a través del espacio geográfico, la búsqueda elemental de monumentos arquitectónicos, líticos o cerámicos, que con mayor o menor importancia, suponen en su conocimiento la base imprescindible de cualquier estudio o creación propia de una historia más patente, por los restos encontrados, que por los textos o documentos de historia local o regional, presentes en las bibliotecas. En Carbonell, pues, hay que desechar todo lo que sea hipótesis o calificación definitiva de la fase cultural del monumento, pero coger con entusiasmo su modernísima manera de poner los restos arqueológicos y monumentos, patentes y tajantes.

Y sobre este método, aplicado como es natural con más intensidad para la prehistoria o la historia antigua, que para la reciente, él señaló el único camino que ha de aplicarse, no sólo en la provincia de Córdoba, sino en las

demás provincias andaluzas y en toda España, porque sin los estudios de localización exhaustiva arqueológica y examen «in situ» de restos del pasado, construiremos siempre una historia llena de lagunas e incertidumbres. Desde los tiempos de este investigador, que trabajó con la práctica y no con la teoría, se nos han revelado ya innumerables monumentos cuya extensión temporal va del Paleolítico Inferior o Medio, o los tiempos de la Protohistoria, la Romanidad y otras épocas históricas posteriores. Esta es la única forma de reconducir la historia de las culturas sobre un ámbito elegido, ámbito que ha de limitarse con vistas a la intensidad de los hallazgos y la que nos revela los aspectos cualitativos y diferenciales, la que nos da la real intensidad del hábitat y los factores numéricos y estadísticos, que hacen hablar a los restos encontrados.

Indudablemente, hay que considerar que a través del tiempo los restos arqueológicos sufren un deterioro o una pérdida, que muchas veces puede ser total. Más favorable el caso de la cerámica, cuyos trozos sufren una dispersión por la acción de los arados, tractores, etc., que aunque no borran las huellas, pueden dar juicios equivocados sobre superficie de los yacimientos, cuya área se ve continuamente expandida. Pero, en conjunto, la investigación y localización es un método insustituible para medir la intensidad del hábitat, las formas culturales y los cambios que un mismo yacimiento ha podido tener a veces a través de miles de años, consecuencia, que en sí, ya es un éxito. Así, en relación con estas zonas que tratamos, y en general de cualquier provincia, nos parece absurdo escribir de historia antigua o cualquier clase de historia, cuando la mayoría de los restos de vivencias o culturales se conocen insuficientemente. La arqueología de gabinete extiende sus apreciaciones sobre los espacios vacíos a partir de unos pocos yacimientos, utilizando un método extensivo que se salte a la torera la realidad de lo que hay.

La legislación actual prohíbe las excavaciones, sin permiso oficial, de los yacimientos. Pero recoger y anotar todos los datos y hallazgos sobre superficie, su recogida en mapas arqueológicos, incluso el acopio de trozos cerámicos que además se conservan clasificados por yacimientos, es una obra frecuentemente lícita. No es posible recoger, en un solo Museo Provincial, los miles de restos superficiales de yacimientos que no se excavarán en siglos, dado su extenso número. El sino de la mayoría de los yacimientos es la destrucción o la desaparición, por el propio juego del devenir socioeconómico, que nadie puede detener. Unas aportaciones como las de este discurso impiden el olvido y la desaparición total de noticias, aunque no sean más que por orden estadístico, de los yacimientos que pueblan las tierras cordobesas. También sirve con sus descripciones a señalar aquellos monumentos prioritarios que deben ser objeto de investigaciones, excavaciones y estudios más profundos, antes de que llegue al triste final que hemos señalado.

El descubrimiento del pasado es producto sólo de una intencional y física búsqueda del azar. El azar interviene como premio de una tarea recompensante, que en sí es una investigación, con ciertas condiciones de método, muchas veces llena de complejidad. No se trata de salir al campo, sino que hay una serie de condiciones; en primer lugar, un conocimiento íntegro de la geografía e historia del ámbito geográfico; el conocimiento de las fuentes

manuscritas o impresas, de relatos descriptivos sobre lugares donde pueden situarse edificios o restos arquitectónicos religiosos o civiles; conocer la planimetría provincial, cuanto más antigua mejor; la investigación archivística de índole general y bibliográfica de índole señorial, las del obispado, las parroquias y las órdenes religiosas militares, que aunque de índole medieval o moderna, por el sentido de continuidad de la historia sobre los mismos lugares; la investigación y la estructura de la morfología geológica, el hecho de la colina o pequeña meseta defendible, que a simple vista nos da muchas veces el emplazamiento de ciudades, recintos, fortificaciones o torres de distintas épocas; los lugares sacros, ermitas, santuarios, utilizados actualmente o en ruinas, ya que el sentido devocional de los diferentes pueblos que sucesivamente habitaron la comarca, eligieron los mismos sitios.

Toda esta base absolutamente necesaria para la investigación arqueológica, la vemos reflejada en el discurso que hemos escuchado a don Pablo Moyano Llamas, nuevo académico numerario y sobre todo figura humanística que, en realidad, hoy se opone con ventaja al mito de la técnica, porque el humanismo es una mezcla de inteligencia y amor, no sólo por las cosas de este mundo, sino también por las del otro. Las de ese otro que desde las páginas impresas en una labor constante, nos tiene acostumbrados don Pablo Moyano, con la expresión clara y contundente de sus opiniones, donde incluso entre la prensa diaria expone sus puntos de vista con un sentido educacional de respeto por el prójimo, cualquiera que sean sus opiniones, porque en un mundo moderno lleno de odios, con las reglas de educación olvidadas, con un materialismo extremo, se está haciendo la vida imposible, porque los valores éticos se están olvidando y el progreso, muchas veces, es sólo una licencia para introducir la hostilidad entre los hombres, por ello, al introducir al nuevo académico en esta casa, que es ya historia de convivencia, nos debemos felicitar todos y sobre todo los que creemos que la historia, como decían los clásicos, es maestra de la vida y de todos sus acontecimientos; puede aprenderse una regla, que es la educación y la convivencia como base pacífica para las tareas de investigación y de sabiduría veraz y científica al mismo tiempo. Al felicitar a don Pablo y al aplaudir su presencia entre nosotros, no hacemos sino confirmar la frase evangélica de «paz entre los hombres de buena voluntad». Sin esta paz no es posible la ciencia ni el conocimiento.